



## AUTORIDAD Y EDUCACION EN LOS VALORES

Esta charla parece ser innecesaria: es obvio que *puede educar en un valor, aquél que lo posee*. Y quien “posee” un valor tiene “autoridad” respecto de ese valor.

Nuestra tarea entonces no es decir algo nuevo, sino profundizar en lo que ya sabemos para comprenderlo mejor, y sobre todo para “vivirlo” mejor.

¿Qué significa “valor”?

¿Qué significa “educar”?

¿Qué significa “autoridad”?

¿Cómo se relacionan estos tres conceptos?

Comencemos con el concepto de “valor”. Qué es un valor, y qué significa “poseer” un valor.

Un “valor” es *una cualidad que hace buena una cosa o acción*.

Un trigal es algo “bueno” porque posee un valor –en este caso, un valor de utilidad, como alimento capaz de llenar una necesidad corporal del hombre.

Un bello poema también es algo “bueno” porque posee un “valor” –en este caso un valor estético, una belleza capaz de llenar una necesidad espiritual del hombre.

Una acción generosa también es algo bueno porque posee un “valor” –en este caso, un valor ético, la generosidad, que hace de esa acción algo digno del hombre.

Los “valores” no son algo meramente cultural, aunque distintas culturas subrayan o experimentan algunos valores que otros. Los valores tienen una base en la misma naturaleza del hombre dada por Dios, y en las creaturas en cuanto relacionadas con esa naturaleza humana, es decir, en cuanto son capaces de satisfacer alguna necesidad del hombre, espiritual o material. El “valor” tiene su fundamento en el ser. Y por esta razón está bien decir que los valores son permanentes, que en su esencia no cambian con el tiempo y las culturas.

Por ejemplo, los valores éticos en particular: ellos son obligantes, necesarios para toda persona y comunidad humana. La verdad, la justicia, la generosidad, el respeto, la solidaridad, etc. no pueden ser negados, ignorados, violados, sin que la persona y la comunidad humana sufran mucho por eso.

Sin embargo, este planteo no alcanza. Hablando así nos mantenemos en el plano de lo ideal, del puro deber ser, del discurso moralista. Es esencial a los valores –no sólo a los éticos y religiosos, pero también a ellos- que, si bien valen “en sí”, si bien son objetivos, eternos, trascendentes, inmutables, etc... *no se hagan operantes, efectivos y en cierto modo reales sino cuando son efectivamente vividos* por las personas, por las comunidades, por las culturas.

En cierto modo, para nosotros, un valor ético ES y BRILLA como tal cuando es vivido, aunque siga siendo obligatorio cuando no lo es. Usando la expresión de Edith Stein, un valor es y brilla como tal cuando es ENCARNADO, cuando se ha hecho “carne y sangre” en el corazón de una persona, de una comunidad, de una cultura.

¿Han notado que usamos las mismas palabras para designar los “valores éticos” y las “virtudes éticas”? La veracidad, la justicia, la generosidad, la solidaridad, el respeto, etc. son a la vez virtudes y valores... Sin embargo, la diferencia radica en la ENCARNACION: son valores en sí, en su ser ideal, en su obligatoriedad propia e intrínseca...son virtudes en tanto y en cuanto



están ENCARNADOS. La virtud no es otra cosa que EL VALOR ENCARNADO.

La pregunta por la educación en los valores en la familia, en la escuela, en la sociedad se traduce entonces en cómo hacer que los valores se vuelvan virtudes en nuestros hijos, en nuestros alumnos, en nuestros ciudadanos.

Si volvemos a nuestra primera frase, puede educar en un valor aquél que lo “posee”, “poseer” significa ante todo tener ese valor ENCARNADO, “posee” un valor aquél o aquella en quien ese valor se ha hecho “carne y sangre”, como dice Edith Stein. No consiste en saber de qué se trata, nocionalmente –puedo ser profesor de ética y no poseer un valor ético que puedo definir con exactitud... Mucho menos consiste en declamarlo –hay que desconfiar de esa retórica declamadora de valores tan típica de nuestra época, que suele entrar por un oído de nuestros chicos para salir rápida y urgentemente por el otro.

POSEER UN VALOR ES LLEVARLO ENCARNADO, de tal manera que ese valor impregne naturalmente nuestro ser y nuestro obrar, aunque sólo ocasional y prudentemente aflore a nuestro decir.

Y eso es, en primer lugar, “tener autoridad”. La “autoridad” es siempre algo específico: se tiene autoridad “EN ALGO”, no en todo. Se tiene autoridad en aquél valor que uno lleva encarnado, en aquello que uno sostiene con su ser y con su actuar.

DINÁMICA DE LOS VALORES. Llevemos nuestro análisis bastante más atrás, al origen de la encarnación de un valor en una persona. ¿Cómo se llega a “encarnar” un valor? Existe una “dinámica” de los valores que tiene diversos momentos...

1. Lo primero es el **DESCUBRIMIENTO** del valor. El hombre es un espíritu encarnado. Las cosas entran en él no sólo por la costumbre. Tampoco por la razón. Podemos educar a “todos nuestros hijos de la misma manera”, como



dice quejosa la madre uno de cuyos hijos le salió descarriado. Pero puede ser que alguno lo haya VISTO, lo haya DESCUBIERTO mejor que el otro.

Un valor se “descubre” (o no se descubre) en su riqueza, en su atractivo, en su belleza, y cuando sucede tal cosa uno se experimenta ATRAIDO por él. También los valores éticos y religiosos, y no sólo los estéticos, “entran” de esta manera: por su riqueza, por su atractivo, por su belleza. Platón ponía en el banquete a la belleza moral por encima de toda belleza física, estética, y cerca de la Belleza divina.

La enseñanza de la moral al estilo kantiano –el puro deber, la primacía de la norma, la mera fuerza de voluntad- nos hizo mucho mal, y es culpable de tantos deseos de “liberación” de lo moral como vimos en los últimos cincuenta años, desde la década del sesenta.

Hay belleza, hay atractivo, hay energía, hay inmenso sentido en la justicia, en la verdad, en la generosidad, en la sincera piedad, en la adoración, etc.

2. ATRACCIÓN. Lo primero es “descubrir” esto, pero junto e con ello, EXPERIMENTAR LA ATRACCION del valor, experimentar precisamente que el valor “vale”, no como un medio, sino como un bien o fin en sí mismo. En griego, valor se dice “axios”, que viene del verbo *ago*, que significa ser movido, ser atraído. “Valor” es aquello que, descubierto, atrae. “Valor” es aquello cargado de sentido y fuerza: “sentido” que habla a nuestra inteligencia, “fuerza” que impulsa y moviliza a nuestra afectividad y a nuestra voluntad.

3. CONDUCTA ACORDE. Esto nos lleva al tercer paso de esta dinámica: la “conducta acorde” al valor, lo que hacemos concretamente para hacer real ese valor en nuestra vida.

MOTIVACIÓN. Aquí podemos encontrar, siguiendo con E. Stein, la profunda vinculación existente entre el “valor” y la “motivación”. Esta consiste, según Santa Teresa Benedicto de la Cruz, en que “algo lleno de



sentido y fuerza nos mueve a su vez a una conducta llena de sentido y fuerza". El valor, descubierto en su sentido y atractivo por su fuerza, nos mueve a una conducta, a un comportamiento también valioso, porque también es lleno de sentido y de fuerza.

Una enseñanza demasiado normativista o abstracta del valor, que prácticamente lo equipara con el enemigo contra el cual nació (el deber, la "pura ley"), hace perder de vista esta dimensión del valor, única capaz de hacerlo atractivo y verdaderamente "valioso" a nuestros ojos. Podríamos decir: se enseña el valor sin subrayar su carga de valor, su condición valiosa.

RETOMAMOS: un valor (1) descubierto ejerce (2) la atracción sobre nuestros afectos y voluntad, y así nos lleva (3) a una conducta valiosa también: la conducta acorde con ese valor. Aquí hay que subrayar el papel de la libertad. El joven rico en cierta medida había descubierto el enorme valor que se hallaba en el seguimiento del Señor, y se había sentido intensamente atraído por él. Pero no dio el paso, porque le implicaba renuncias a las que no estaba dispuesto. El proceso se cortó por la mitad, y lo cortó su libertad, que es lo que impulsa o frena determinados comportamientos.

4. ENCARNACIÓN. Ahora bien, cuando se da desde nuestra libertad este modo de conducta, y de tal manera que deja de ser un comportamiento aislado, y se vuelve nuestra manera natural y espontánea de obrar, este proceso hace que gradualmente el valor se transforme en "virtud" nuestra, produce progresiva y paulatinamente la ENCARNACION DEL VALOR en nuestro ser y obrar. Recién allí el valor se ha vuelto "carne y sangre". Resumiendo:

1. Descubrimiento del valor
2. Atracción por el valor
3. Conducta acorde al valor
4. Encarnación del valor



RESUMEN. Sólo puede “educar en los valores”, en un sentido auténtico y fecundo, quien ha realizado este proceso –y seguramente muchos de nosotros lo hemos realizado sin conocerlo tan analíticamente: no hace falta venir a una charla del profesor Berro para encarnar valores.

Hasta ahora hemos hablado de un proceso interior de un individuo, y hemos dicho cómo es el proceso que lleva a que este individuo “posea” un determinado valor. Ahora vamos más allá del individuo, hacia su relación con otros respecto de ese valor que encarna. Entonces hablamos de “educación” –educere, ayudar a sacar desde adentro valores que están en semilla en el otro.

La razón de que sólo puede educar en valores el que los tiene encarnados es metafísica: se basa en el viejo principio de la filosofía clásica *nemo dat quod non habet*, nadie da lo que no tiene, sólo puede ser “causa eficiente” –la educación, dicen los manuales, es un modo de causalidad eficiente- aquél que posee en acto perfecto aquella perfección que busca suscitar en otro; nada pasa de la potencia al acto sino por otro ser en acto...

Sin embargo, si hablamos de “dar” una persona -y de “recibir” la otra- un valor puede entenderse en el sentido de que “educar” es “estampar”, “grabar”, o, como se dice, “inculcar” valores una persona en otra –como lo sugiere la impropia palabra “formación”.

EX DUCERE, como sabemos, sugiere otra cosa, que es “suscitar” o ayudar a otro a que florezca en él algo que potencialmente ya está –educere significa “sacar fuera”.

“Ex ducere” implica que sólo alguien que YA ha crecido en un determinado valor, alguien que lo ha descubierto, que se ha experimentado atraído, que ha obrado conforme a él en determinada medida, y que lo ha encarnado, puede ayudar realmente al otro a recorrer el MISMO camino (es decir, descubrir, verse atraído, obrar conforme, encarnar aquél valor). Sólo puedo



hacer crecer al el otro en aquello que ya ha crecido en mí, al menos en determinada medida.

Y por esta razón sólo puede educar quien “tiene autoridad” respecto de ese valor, porque lo lleva encarnado. “Autoridad” proviene de “auctoritas”, que es la cualidad del “auctor”, del que practica el “augere”, es decir, del que hace crecer, alimentando. “Hace crecer” a otros en el valor en el que él o ella misma ya creció.

**VOLVIENDO AL PRINCIPIO.** Todo esto tiene una explicación, y una trampa. Si volvemos al principio de nuestro proceso, veremos que el descubrimiento y la atracción de los que hablábamos sólo pueden realizarse en relación a un valor *encarnado*. Dicho de otro modo: sólo puede ser descubierto y atrayente un valor, cuando es visto en concreto, existente y brillante en otra persona (o comunidad, o cultura). Esto significa que el individuo “1” del que hablábamos no PUDO hacer este proceso absolutamente solo, sino que a su vez fue “educado” en el valor por alguien previo que no mencionamos, y está en condiciones de educar a alguien posterior. Es una “tradición”: se transmite lo que se ha recibido, y acogido.

Pongamos el ejemplo del amor a la música. Puede haber mucha potencialidad de amor a la música en un chico o un adolescente, pero si no encuentra alguien en quien ese valor se encuentre existente y operante, alguien que encarne ese amor por la música, es posible que pasen muchos años –e incluso toda su vida- sin que descubra ese amor.

**IRRADIACIÓN. EL VALOR ENCARNADO TIENE EL PODER DE HACERSE DESCUBRIBLE EN SU SENTIDO Y ATRAYENTE EN SU VIGOR.** Llamaremos IRRADIACION a este poder del valor encarnado (y, gracias a él, de la persona que lo encarna). Es, como dice Edith Stein, “el no deliberado, espiritual, brindarse de uno mismo”. Es como los rayos del sol: emana natural e involuntariamente. Se “respira”, sale por los poros de quien lo encarna, y se descubre también imperceptiblemente.



Alrededor del gran profesor de Biología, entusiasmado por su ciencia, surgen vocaciones biológicas.

Alrededor del sacerdote lleno de Dios brotan vocaciones, alrededor del santo se irradian las virtudes (los valores) humanos y cristianos.

La persona justa, buena, recta, generosa, hace que brille y atraigan de tal manera la justicia, la bondad, la rectitud, la generosidad, que se hace difícil no querer serlo también. Y el que no quiere serlo, ve en esta persona un claro espejo de lo que debería ser y no quiere ser. Por eso, puede ser también molesta una persona así.

Estamos, pues, frente a un círculo virtuoso: alguien encarna determinados valores éticos y los irradia. Gracias a esta irradiación otros descubren ese valor en su sentido y se ven atraídos por su fuerza. Si su libertad lo quiere, procederán a comportarse de acuerdo a ese valor, y ello los llevará también a encarnar el valor en sí. Y el proceso puede comenzar de nuevo...

6. Una palabra sobre la TRANSMISION verbal explícita del valor. Esta es necesaria, en el momento oportuno y con las palabras indispensables. No conviene exteriorizar algo en exceso: puede suceder que lo de afuera no tenga el suficiente respaldo interior. La prudencia y la medida dirá quién, y cuánto, y cómo, y dónde habrá que hablar de los valores a los chicos. Un padre prudente sabe medir sus discursos a la medida justa que los haga aceptables y eficientes. Cuidado con vacunar, con saturar, con exasperar. Y siempre es mejor que la “dosis” de irradiación sea siempre un poco mayor que la “dosis” de transmisión verbal.

Dentro de lo que llamo “transmisión” también se encuentra la corrección: un camino delicadísimo que aprovecha la situación concreta para rectificar actitudes. Pero también debe hacerse oportuna y atinadamente, y casi nunca en público.

KOINONÍA. Volviendo a nuestro “círculo virtuoso”: hagamos la feliz suposición de que un padre o una madre que encarna sinceramente valores éticos o religiosos logra irradiarlos. Supongamos que sus hijos descubren el sentido de esos valores y se experimentan atraídos por su fuerza, adoptan un comportamiento acorde con ellos y llegan a encarnarlos en sí. Se produce entonces entre esas personas (entre los padres y los hijos, entre el maestro y sus alumnos, entre el jefe y sus subordinados... pero también entre los hijos, entre los compañeros de la clase, entre los subordinados) algo maravilloso: la *comunidad en el valor*. Es decir, esas personas se unen EN EL VALOR COMPARTIDO; y en la medida que el valor es vivido por cada una de ellas en el corazón, en el interior, en el centro profundo de los sentimientos, intuiciones y decisiones... la unión será también profunda, será una “unión en el corazón”. Esta, y no otra, es la base de la verdadera, auténtica, profunda y sólida comunidad humana, KOINONÍA: en una familia, en una comunidad, en una escuela.

Es lo que Aristóteles llamaba la forma más alta de la amistad, cuyo fundamento radica en la virtud compartida: porque la virtud compartida es el valor encarnado compartido.

El esquema propuesto y desarrollado puede darnos, como fruto inesperado, una especie de “herramienta” para un análisis, casi para un examen de conciencia, en el caso de que detectemos en la familia que fracasa la transmisión de valores.

Sin dejar de tener en cuenta las causas extrínsecas que puedan actuar e interferir –y a las cuales siempre estamos prontos a recurrir para explicar (justificar?) nuestros fracasos o dificultades para transmitir valores como padres (la sociedad no ayuda, la T.V., el Internet, los ídolos, etc...)-, podemos basarnos en todo lo dicho para detectar causas “intrínsecas” de dichos fracasos o dificultades. A partir de la lectura del esquema siguiente, comenzando desde “conducta” del educando:

**PADRE**

**HIJO**



**1. Descubrimiento del sentido del valor**

**1. Descubrimiento**

**2. Atracción por la fuerza del valor**

**2. Atracción**

**3. Conducta acorde al valor**

**3. Conducta**

**4. Encarnación del valor**

**4. Encarnación**

**5. Irradiación del valor**

**5. Irradiación**

**6. Transmisión del valor**

**6. Transmisión (tradición)**

### **Algunas conclusiones**

1. Crecer en hondura en la vivencia del valor (mayor encarnación) (educación y autoeducación)

2. Educación impositiva vs. educación atractiva (libertad adolescente) (sin negar la importancia de los límites, pero "limitando" el tema. No TODO son límites, debe haber también "propuestas").

3. "No pedir peras al olmo" vale en diversos campos. Educación en valores específicos. Hacernos autoridad si queremos educar en algo.

4. Padres, no exasperéis a vuestros hijos! (sabiduría humana de la Palabra Divina).

# *Secretariado Nacional para la Familia*



*Conferencia Episcopal Argentina*

